

cajada, un hurra al aplauso, estallando ruidosa explosion de furiosísima alegría.

—Filippo, Filippo.

Exclamaron todos.

—Pero ¿qué demonios haceis aquí de esa suerte? Por Baco, creeríame en casa de locos ó en teatro de feria.

Dijo Filippo.

—Celebramos, exclamó uno de los jóvenes, que estaban tendidos sobre los ramos de mirtos, irguiéndose, y tomando en una mano el pié de la copa que tenia al frente y en la otra mano la cabeza de la mujer que tenia al lado, celebramos la resurreccion de los dioses. Las inspiraciones de los tiempos antiguos, que estaban dormidas en las cenizas de los claustros, se han avivado al calor de este siglo primaveral y se han convertido en bandadas de mariposas. Bajo nuestras plantas, en el suelo, como filones de plata, se encuentran entre cordilleras de ruinas, estátuas y bajos relieves que revelan la inmortal belleza de la forma humana. Grandes descubrimientos vienen á unirse á estos grandes restos, de tal suerte, que dos paraísos, el de los recuerdos y el de las esperanzas, ámbos perdidos, se elevan en torno nuestro; y nos devuelven, si no la inocencia que para nada queremos, la felicidad que viva y ardientemente deseamos. Viene pues una nueva edad. Los siglos se sucederán como larga série de luminosos horizontes. Alzaránse los profetas hebreos y las sybilas griegas á decirnos que la vida ha dejado su amarga hiel, y la alegría sus sombríos eclipses, y la flor sus agudas espinas, y el corazon sus tristezas, y el deseo sus ansias, y el trabajo sus sudores, y la ilusion sus desencantos, y la esperanza sus desengaños y el amor sus penas, para que la tierra sea como un compendio del cielo y los hombres como legiones de ángeles.

—Maldito sea, dijo Filippo, malditas las generaciones que me han precedido y las que habrán de seguirme, si á todo este galimatías le saco en limpio y en claro ni una sola palabra. Veo pintores, que yo creí formales, vestidos de máscara. Veo gentes, que yo creí graves, tocadas de locura. Veo la representacion de una farsa y no puedo dar ni con el sentido que tiene, ni con la razon que entraña.

—Filippo, Filippo amigo, dijo otro de los jóvenes. Parece imposible que estés en el cielo de las artes donde las ideas creadoras habitan, y desconozcas la tierra de promision que se está formando poco á poco bajo tus plantas. No hace mucho que observó la escudriñadora mirada humana como el imán atrae al acero y el Norte á la aguja imantada. Esta relacion de amor entre una piedra y un metal, entre una estrella y un poco de hierro, misterios de misterios, ha servido para las largas navegaciones, y servirá mañana para ceñir de voladoras velas todos los mares, aprisionados, á pesar de sus ondas tumultuosas y de sus tormentas terribles, en las redes de nuestra in-

dustria. Un rey de Francia padecía de insomnio, y sus insomnios dimanaban de tristeza. Para distraerlo, se le ocurrió á un cortesano inventar las cartas de juego, y tras las cartas de juego vino el grabado en madera, mediante el cual tus obras maestras no quedan aisladas y solitarias entre las paredes del claustro ó los salones del palacio, sino que se copian, se reproducen, se extienden y llevan á los más apartados climas y á las más diversas naciones, en la comunión sacratísima de los espíritus, tus inspiraciones y tus ideas. Pues dicen que allá en las tierras del Norte, entre las nieblas, un oscuro industrial trabajando como misterioso nigromántico que buscara el secreto de producir oro, ha encontrado con un pedazo de plomo y un pedazo de vidrio, las letras movibles, con las cuales puede reproducir nuestros libros de la misma varia y rica suerte que reproducen sus hojas en todos los años ¡ah! los árboles. Imaginaos cómo se trasformarán las almas, cuando las ideas, vinculadas hoy en verdaderas castas, lleguen por esta facilidad de reproduccion y de repetición á todos los entendimientos, al igual iluminados por la verdad. Castillos feudales habitados por las aves de rapiña; horcas donde el plebeyo paga sus aspiraciones á la independencia; calabozos erigidos para encarcelar el pensamiento; hogueras atizadas para consumir las ideas; máquinas de tormento que descoyuntan nuestros piés así que intentamos marchar hácia adelante; instrumentos de tiranía, vais á desplomaros derribados por una chispa eléctrica verdaderamente invisible, y diluida en la impalpable palabra humana, vais á desplomaros heridos por la idea, para dejar paso franco al único ministro de Dios en la creacion, al hombre independiente y libre.

—Ahora comprendo mucho menos, despues de todo cuanto decís, ni qué haceis, ni qué celebráis.

—Pues celebramos, exclamó un tercero, la más bella de las invenciones y la más necesaria á tu arte.

—¿Cómo?

Preguntó Filippo.

—Celebramos, dijo su interlocutor, un verdadero invento, que aumenta el brillo de los colores y que asegura la inalterable perpetuidad de los cuadros.

—¿Cómo es eso?

Preguntó Filippo, en cuya alma estalló seguidamente la vocacion de las vocaciones, la vocacion de pintor. Habladme de eso. Quiero, necesito saberlo. ¡Un medio de dulcificar los colores, de armonizarlos, de diluirlos en tintas suaves! ¡Oh! Quiero saberlo, y saberlo inmediatamente.

El tono de Filippo tenia fuerza tan imperiosa que los allí reunidos le obedieron en seguida y sacaron de vecina estancia, entre grupos de preciosas doncellas y apuestos donceles, todos vestidos á la griega, un joven pintor, de dulces y melancólicos ojos, de larga y sedosa cabellera, de apuesto talan-

te, soldado verdadero de esta milicia del arte que por su misma universalidad tiene tanta grandeza y exige en sus adeptos tantas y tan diversas aptitudes. En cuanto apareció el recién venido, ávidamente buscado por la mirada de Lippi, rompieron las cítaras en deliciosa armonía, y los coros de ámbos sexos en estrofas dignas de la antigua metrificación clásica. Parecía que veinticinco siglos acababan de evaporarse, y que jóvenes bajados del Pindo, con los ecos del oráculo en los oídos, con el agua del Alfeo en los labios, con la sombra de las encinas de Dodona en la frente, con la luz del divino Apolo en los ojos, con el sudor de los juegos pithicos en el cuerpo; seguidos de los enjambres de abejas que depositaran su miel en la boca de Júpiter á los conjuros del cántico de los Corybantes, celebraban todavía, empleando la lengua de los poetas antiguos, la paz de los valles donde crecen el olivo y el laurel mezclados con las espigas y los racimos sobre los terrones del terruño, y la adelfa con sus rojas flores á orillas del arroyo, y en las horas de siesta cantan las cigarras, y al caer la tarde prorrumpen en gorgoros sin fin el coro de ruiseñores como para llamar la atención de los dioses y obligarles á cambiar las etéreas cimas del Olimpo inmóvil por la felicidad y la alegría de la armoniosísima Grecia.

Realmente Filippo no podía explicarse esta escena. Y sin embargo nada más propio de aquellos tiempos y de aquellas costumbres. Tratábase de un descubrimiento. Permitid, lectores carísimos, una digresión al autor de esta historia. En nuestros días de libre exámen y de rigurosa ciencia, los descubrimientos mayores pasan como cosas vulgares y corrientes. Cuando saboreais rico habano de la vuelta de abajo y veis la columnilla de humo escapada de vuestros labios disiparse en los giros del aire, no os acordáis del fraile Ramon Pano que encontró la aplicación de esta planta, poco después de muerto Colon, allá en Santo Domingo; ni del Sr. Francisco Hernandez que la propagó por España; ni del plenipotenciario francés Nicot, á pesar de llamarse su esencia nicotina, que la envió desde Lisboa á la célebre furia conocida por sus crueldades con los hugonotes; ni del Nuncio Próspero Púbblicola que la regaló al Papa, el cual ahumó con sus emanaciones toda Italia. Cuando la tempestad truena, y merced al pararrayos podeis burlaros de sus latigazos, no convertís el pensamiento al modesto tipógrafo, cuya vista perspicaz, siguiendo en los aires la cometa con que juega un niño, trajo á nuestras manos el rayo blandido por los dioses. Cuando vais en vuestro ferrocarril, devorando leguas, como si dispusiérais del viento, no teneis un recuerdo para Wath que encontró la aplicación del vapor, ni para los ingenieros ingleses que concluyeron la primera línea férrea de Liverpool á Manchester en Setiembre de mil ochocientos treinta. El milagro se opera á vuestra vista; la palabra dicha en los bosques de la Florida ó en las radas de la Patagonia llega instantáneamente á vuestro oído recogida por una chispa impalpable; el suceso acaecido dentro de la muralla china ó al borde de los rios

indicos se os notifica tan pronto como si hubiera pasado en vuestra vecindad ó en vuestro barrio; por virtud de unos hilillos de metal que burlan los climas y los océanos estais á un mismo tiempo en todas partes, y sentís los afectos y las ideas de la humanidad como si formárais con todos vuestros semejantes un solo cuerpo; y sin embargo nada sabeis del profesor Lichtenberg, el primero en aplicar la electricidad á la telegrafía en Gotinga; ni del industrioso Wheatstone, el primero en establecer una línea en Inglaterra; ni del mismo Morse que ha obligado á escribir á la máquina eléctrica y casi á hablar con su campanilla de alarma; sobrenaturales magos, más maravillosos que los buscadores de la piedra filosofal, pues han hallado riquezas no comparables al oro con los medios de centuplicar nuestras fuerzas y de extender y dilatar nuestra inteligencia y nuestra vida.

Y somos ingratos. Un grano artificialmente producido nos preserva de la terrible enfermedad, que naciera por el siglo décimo en los alrededores de la Meca, y que por mucho tiempo mató la mitad de las generaciones humanas y afeó la otra mitad superviviente. ¡Qué número de hermosuras perfectas vieron manchada en la flor de su vida la gracia juvenil á la granizada de incorrectos hoyuelos dejados en el rostro por las pústulas variolosas! Los célebres historiadores del Júpiter de Versalles cuentan que Luisa la Valière perdió una gran parte de sus nativas gracias al influjo de este pernicioso mal. Y sin embargo, las damas, que suelen tener tantos rezos y tantas devociones, seguramente no rezan, ni siquiera al contemplarse en el espejo y ver incólume su finísima tez, tan diversa de la maculada y maltrecha de sus abuelas, no rezan por quien nos trajo la milagrosa vacunación admirablemente celebrada en versos inmortales del mayor poeta que la causa de la libertad tiene en España moderna. Estoy seguro de que el sábio astrónomo instalado en su observatorio, al mirar de cerca las montañas aisladas y cónicas de nuestro satélite, no recuerda absorto en su contemplación, los dos niños que, jugando en las orillas del Arno con vidrios rotos y tubos de órgano desechos, avisaron, sin querer y sin saberlo, al gran físico del siglo décimo-séptimo la posibilidad de encontrar en el telescopio una material revelación de los cielos. Las gentes en lo porvenir no serán tan desmemoriadas ni tan ingratas. Los primeros años, por ejemplo, del siglo, crecieron en la memoria humana antes que por esas victorias napoleónicas en tantos poemas celebradas, por esa pila de Volta, cendensadora de la electricidad, y que lleva en sus metales y sus líquidos, corrientes y fuerzas como si fuera un reducido Universo, un resumen de la química con que producen y conservan la vida los grandes agentes de la Naturaleza. Hoy mismo, cuando entráis en la catedral de Pisa, bajo aquellas bóvedas semi-orientales, en los senos del edificio original por excelencia que nos ha legado la Edad Media, vuestros ojos se fijan y vuestra atención se reconcentra sobre la lámpara, colgada de la piedra central del crucero, que despertó con su vaci-

lante llama consagrada á Dios y sus oscilaciones continuas, la teoria del péndulo en la inteligencia de Galileo para que demostrase la figura de la tierra y su eterno movimiento por las esferas celestes. Los pueblos cambiarán sus peregrinaciones de hoy por otras peregrinaciones en tiempos no lejanos. Y agradecidos á todos sus bienhechores peregrinarán para ver, por ejemplo, el escollo cercano á Alejandría, llamado Faros, del cual han recibido su nombre esas estrellas terrestres, esas pródidas luminarias, esos guías salvadores que en la oscura noche muestran al navegante las costas y le excitan á luchar con las tormentas y á obtener la victoria del trabajo sobre la fuerza, sin las cuales apenas tiene valor alguno la existencia.

Es verdad que para extender la historia de los descubrimientos se necesita cambiar por completo el sentido histórico y hasta el sentido poético. Si un día os paseais por la huerta de Játiva con un historiador, que evoca los recuerdos guardados en aquel sitio, refiriéndose á los tiempos medios, apuesto á que os hablará de los reyes moros, de las victorias cristianas, de los almoravides en lucha con el Campeador; y refiriéndose á los tiempos modernos, de la heroica defensa contra Felipe V, y de los terribles castigos que este impuso á la ciudad, comparables con los infligidos por Alejandro á Tiro, por Tito á Jerusalem, por Alarico á Roma. Pero quizá olvide ó deje la principal gloria que tiene aquella ciudad, á la cual podríamos llamar por su pintoresca vega, la Granada valenciana. ¿Sabeis lo que significa é importa la sustitucion del papel al pergamino? Pues significa la comunicacion de las ideas facilitada; pues importa tanto como el proemio necesario á la invencion de la imprenta. Solamente los poderosos y los ricos podian escribirse cuando precisaba valerse del caro y pesado pergamino. La tenue hoja, cayendo en todas las manos, inicia la emancipacion intelectual de la humanidad. Cuando la cogeis descuidadamente, cuando le infundís vuestro pensamiento y le confiáis vuestro secreto, de seguro no os asalta jamás la dea de todo cuanto ha hecho esa leve materia, tan barata y extendida, por vuestra lenta redencion. Los chinos, raza bien poco religiosa, casi han divinizado, y si no divinizado inmortalizado al tercer emperador de la dinastia Tahg por haber descubierto el papel. Mas todo el mundo sabe la inutilidad de las invenciones chinas para nosotros. Aislado este pueblo en su muralla, que lo separa del mundo, ha sentido nuestras mismas necesidades y las ha satisfecho de manera análoga á nuestra propia manera; ha pasado por nuestras revoluciones y las ha resuelto con una solucion que parece copia ó modelo de otra solucion europea; prueba evidetissima de la unidad y de la identidad del humano espíritu. Pero las invenciones chinas, su brújula, su pólvora, su imprenta, su papel no se comunican ni á Europa ni al resto de Asia. Por consiguiente la gloria de haber tenido las primeras fábricas de papel en Europa es pura y simplemente de Játiva. El fuero dado por Don Jaime á Valencia, esa carta de nuestras antiguas libertades, ya está escrito en

esta materia que tanto contribuirá á emancipar de sus errores y supersticiones á nuestra conciencia. Y debemos tambien recuerdos en nuestra memoria y gratitud en nuestros corazones á otros descubrimientos, á primera vista menos importantes. Mirado á la ligera, parece cosa de poca monta la invencion del aguardiente. En la vulgaridad diaria de la vida solemos asociarlo á los buñuelos y á las borracheras. Y si os fijais en lo que sirve á la medicina, á la cirujía, á la farmacia, el oficio que desempeña en la conservacion de las cuerpos, sus propiedades químicas, no podreis desconocer que contribuye á la vida como tantos otros elementos descompuestos en nuestras retortas y hallados por nuestro tiempo. Pues el aguardiente se encontró por el cordobés Abul Kasem en aquellos jardines cercanos á Córdoba y de los cuales solamente han quedado reflejos correspondientes á sus resplandores en los relatos de las crónicas árabes. El médico mahometano comunicó su invento al sábio Arnaldo de Villanueva, su discípulo; y el sábio Arnaldo á otro discípulo suyo no menos ilustre, Raimundo Lulio; y por las continuas comunicaciones de Cataluña y de Mallorca con Provenza y con Italia, se extendió por toda Europa.

El hábito embota el sentimiento y nos impide apreciar en su justa estimacion las satisfacciones encontradas en cosas, en sustancias, en materias descubiertas ayer, de que carecieron pueblos ilustres, y cuya privacion contraria de tal suerte esta segunda naturaleza nuestra, la costumbre, que no alcanzamos, ni siquiera á imaginarla, no ya á concebirla, como no concebimos ni imaginamos siquiera los desvelos y los dolores empleados en el cultivo asiduo de un sér que llega en su desarrollo gradual, tras largo tiempo, á la plenitud y á la robustez de la vida.

Los descubrimientos brotan entre dudas y misterios. Las gentes que veían á Guttemberg, embebido en sus obras, desvelado á guisa de alquimista, suspenso de sus artefactos, trabajando á la luz de la luna en los sótanos de una iglesia, debian tomarlo por un hechicero; y en efecto, cosa de hechizo hubiera parecido si les digeran que aquel hombre encrontraba el filtro de la inmortalidad para el verbo humano, para la expresion del humano pensamiento. Todavía os dá como escalofrios leer la terrible sacudida que produgeron en los nervios del célebre doctor holandés el primer chispazo de su botella de Leyden, afligiéndole y conturbándole de manera que juró no volver en su vida á tocar aquella diablura. En las postrimerias del pasado siglo, en los comienzos de la revolucion, los secretos de la electricidad tomaban aspecto de secretos místicos ó litúrgicos y arrastraban á sus cooperadores al seno de asambleas misteriosas donde proferian fórmulas satánicas y experimentaban nerviosos ataques semejantes á las trepidaciones de la Pitonisa antigua en el momento de poseerla el Dios y dictarle sus sibilinos oráculos. Todos los inventores tienen su pasion como el Redentor. Y todos merecen ciertamente en grado mayor ó menor los obsequios de un reli-

gioso culto. Las academias florentinas en el siglo décimo quinto eran realmente Iglesias de Pluton donde se veía coronada la efigie del filósofo á la sombra de los mismos árboles inmortalizados en sus diálogos, cuyos párrafos se recitaban en griego ó en italiano con la misma solemnidad y se oían con el mismo recogimiento por los fieles allí reunidos que los Santos Evangelios en nuestras sagradas misas. Los antiguos algo tenían tambien de esto. La Odisea es la divinización de los navegantes y de sus combates, ora violentos, ora astutos, con las fuerzas y con las sirtes del mar. No podemos admitir en todo á Evehemero, pero no hay duda; el que halló la llama celeste para encender el fuego sacro en la tierra, se denomina Prometeo; el que forjó el hierro, Vulcano; el que pisó la uvas y produjo el vino, Baco; el que tocó el caramillo, deleitando con sus suaves ecos las majadas y los oteros, Pan; todos adorados por haber traído algun auxilio de la industria á la triste debilidad del hombre.

Dado el temperamento de la inmortal Florencia, imagínese lo que sería en ella un descubrimiento relativo al arte de la pintura: el mayor de los sucesos. Las gentes hablaban de ello como de una revelación súbita y sobrenatural. Los pintores se afanaban por saber en qué consistía la naturaleza del secreto y de sus inmediatas aplicaciones. No se pensaba que pudiera resultar cosa natural y sencilla; creíase en algo de mágico, en algo de diabólico. La industria entonces, aunque comenzaba la era del trabajo, tenía en las vulgares supersticiones algo que ver con el infierno. Los inventores parecían magos. En cuanto se ejecutaba una obra maestra, decíase que al autor le habían arrancado los ojos para que no ejecutase otra igual. En cuanto se ponían con algun atrevimiento las piedras en las bóvedas, decíase que el diablo, allí presente, aunque invisible, las sostenía en sus espaldas. Cuenta la tradición que echó á correr y no se supo de él nueva cierta, asustado de su propia audacia, quien levantó la linterna en el crucero de la Catedral de Burgos. Y el arquitecto de la gran bóveda, que en célebre monumento de Portugal admiramos, creyó tanto en lo menguado de sus propias fuerzas y en lo directo de la protección celeste que, por un voto público, prometió estarse tres días y tres noches sin beber, sin comer, sin moverse, de rodillas, bajo su propia obra, voto, cuyo estrecho cumplimiento le costó la vida. Una invención referente á la pintura en aquella época, con tales creencias, entre muchedumbres de imaginación exaltada, tomaba en seguida aspecto de leyenda. Nada tiene pues de extraño que, en ciudad de tantos ritos artísticos, se recogiera y celebrara la invención extraña con fiestas extrañísimas, las cuales constituían como una especie de misteriosa liturgia.

Así es que, reanudando el hilo de nuestra historia, Lippi, por su natural exaltado y fantástico, quedó absorto en presencia de aquel pintor desconocido, á quien rodeaban los coros con ofrendas y los músicos instrumentos saludaban con armonías, como si realmente fuera un Dios. No de otra

suerte se recibían y aclamaban las nuevas divinidades en los antiguos pueblos, cuando la conciencia estaba llena de mitos como de mariposas una tierra florida y los campos llenos de genios como de ideas una mente inspirada. Fundamento, pues, y sólido, tenía la extrañeza del monge. Mas creció de punto así que describieron un velo y brilló un cuadro á sus ojos. Representaba la visita de San Joaquin á Santa Ana, y el nacimiento de la Virgen María en espléndido camarín, á cuya puerta destacábanse un niño sonrosado y gracioso con pesadísimo martillo en la mano, y multitud de nobles de aquel siglo, retratados todos al natural, delante de los cuales grotesco enano rompía en su rodilla izquierda misteriosa varita, rodeado de varias mujeres, todas bellas y vestidas todas con los rozagantes y pintorescos trages propios de la rica y fastuosísima Venecia.

—¿Cómo te llamas?

Preguntó Filippo al pintor.

—Me llamo Domenico.

—¿De dónde vienes?

—De Venecia.

Dijo.

—Del cielo debieras decir.

Añadió exaltado el fraile.

—¿Cómo?

Le preguntó su interlocutor.

—¿Pues no observas lo vivo de esos colores templados por una dulzura increíble? ¿Pues no comprendes, tú, autor de esa maravilla, como se deslían y desvanecen ahí las tintas en suavísimos matices? ¿Pues no ves que la luz de nuestros cuadros de ahora parece externa y á ellos ajena, mientras que la luz de ese cuadro tuyo parece venir de su propio fondo?

—Y todavía no comprendes, Filippo, otras ventajas que voy á revelarte: primera, la duración de esas obras que serán inmortales; segunda, la facilidad de corregir un toque y de volver sobre lo ya hecho que puede llevarte á la más acabada perfección.

—Cuéntame cómo has sorprendido este secreto ignorado de todos nosotros.

—La historia es larga.

—Pero interesante.

—Fastidiosa para referirse aquí.

—En esta tierra de artistas no fastidia nunca cuanto al arte se refiere.

—Es, en verdad, mi invención un nuevo procedimiento pictórico.

—¡Y tan nuevo!

—El ingrediente, esencial en él, produce esa suavidad de tintas que tanto te ha halagado.

—Y que acaricia la vista, como pudiera una melodía acariciar el oído.